



# Periodismo por la paz

Jesús María Aguirre, S.J.

*En memoria de Jorge Tortoza*

**A**l revisar el mapa de los países en conflicto durante los años 1999 a 2000 no aparece Venezuela. Sin embargo hoy, probablemente, lo estaría. Los datos recogidos de Sipri Yearbook (1999) y del Departamento de Investigaciones sobre Paz y Conflictos de la Universidad de Upsala (1998/1999) revelan que en la actualidad los conflictos ya no se deben tanto a enfrentamientos entre estados para el arreglo de litigios fronterizos o de intereses geoestratégicos como a conflictos internos.

Entre los primeros destacan los enfrentamientos de Israel/Palestina/Líbano, Pakistán/India, Etiopía/Eritrea, seguidos de las luchas relativas al control de territorio, caso de Timor Oriental, recién independizado, y de varios enclaves asiáticos (Kurdistán, Chechenia, Mindanao...). Entre los segundos, particularmente numerosos en África, sobresalen las confrontaciones de Argelia, Sierra Leona, Ruanda, Burundi, Angola, Uganda, Guinea; en Asia se perpetúan la contienda interna afganistání, que se convirtió en internacional a partir del atentado del 11 de septiembre, y la de Sri Lanka con las erupciones crónicas de los tamiles; en

América Latina, Perú y Colombia, estremecidas por la guerrilla y la inestabilidad política, han polarizado también ese mapa preponderantemente trágico, al que están a punto de sumarse Argentina y Venezuela. Si bien el pudor europeo esconde otros conflictos menores como el irlandés, el vasco o el corso, es indudable que la mayoría se concentran en los países en desarrollo.

Los conflictos de la segunda categoría afectan a entidades dentro de uno o varios estados por el control del territorio o del gobierno, y a diferencia del modelo tradicional de los dos bandos se entrecruzan una multiplicidad de actores sociales con la agravante de que desaparecen las divisorias entre militares y civiles. Ya deja de ser sorprendente que casi el 90 por ciento de las víctimas en estos enfrentamientos actuales sean civiles, quienes sufren muertes, expulsiones, secuestros, desapariciones, violaciones, incluida una serie de errores u horrores militares, eufemísticamente calificados de "daños colaterales", y, en fin, un sin número de lesiones a los derechos humanos.

Lamentablemente, las comisiones de la verdad no resarcan a los muertos, difícilmente esclarecen las responsabilidades materiales e intelectuales y, apenas, logran apoyos para compensar a los civiles de los daños materiales o para indemnizar a los familiares de las víctimas, mientras las partes en el conflicto reavivan el recuerdo vengativo de los caídos. En estas circunstancias los medios de comunicación, lejos de ser unos observadores neutrales o asépticos, se convierten en los principales agitadores y movilizados de la contienda y el derecho a la libertad de expresión se emplea como arma arrojada contra el oponente. El miedo y la venganza se realimentan mutuamente, mientras se rompen todos los puentes de la confianza y de la comunicación. El diálogo se reduce a una proclama o se lo descalifica como cesión al otro.

Si el conflicto o la catástrofe son lejanos, nos embotamos con la sobreenformación internacional, que pasa de un espectáculo del horror a otro en una secuencia interminable e indigesta. En caso contrario, seleccionamos ansiosamente los datos estratégicos para nuestro ataque y defensa argumentativos. De esta manera

apenas nos queda tiempo y espacio para la reflexión, pues decimos es tiempo de acción.

### Los medios politizados y el discurso polémico

En los conflictos los medios de difusión no solamente reflejan las posiciones de los actores e instituciones políticas, sino que operan como fuerzas efectivas en la competencia por el poder. La relación entre medios y política adopta múltiples combinaciones. Si en el pasado hubo un proceso de distanciamiento de los medios frente al poder estatal o eclesiástico, y la libertad de expresión se entendió como una capacidad de crítica ante tales instancias, ahora asistimos a un nuevo y peligroso estrechamiento por adaptación de las comunicaciones a brazos de consorcios económico-industriales. Incluso cada vez es más notoria la influencia del liderazgo mediático en la composición del Estado: empresarios de medios que acceden a organismos gubernamentales, representantes de medios periodísticos que participan en comisiones parlamentarias, periodistas que optan por curules... Desde Italia –Primer Ministro– a Estados Unidos –Alcalde de Nueva York–, pasando por Venezuela –Vicepresidente, Alcalde– podemos encontrar ejemplos notorios de esta tendencia irrefrenable por la lógica concentradora de las plutocracias, que pone en jaque la función pública de los medios y el supuesto servicio a la ciudadanía. (Naturalmente no son comparables la influencia de un periodista y de un industrial, y actualmente las posibilidades de incidencia de los profesionales son mínimas de no estar encuadrados en algún aparato estatal o institución comercial. Las privatizaciones actuales de medios han contado con los partidos políticos en el gobierno para hacerse con un poder mediático afín o aliado, aun cuando sean desplazados de los medios estatales).

Pero, al margen de este fenómeno que vuelve más inextricables los medios, la connivencia entre políticos y empresas pertenece a la práctica cotidiana y casi ritual. A través de ellos recibimos la información sobre el sector político, las interpretaciones que los datos suministran, los énfasis en la agenda política, la puesta en perspec-

tiva temporal pasada de los acontecimientos en marcha y las propuestas futuras de acción interna o externa. (No puede perderse de vista que, a diferencia de las agencias internacionales del pasado, actualmente los medios externos inciden directamente en los procesos internos. Ya no se trata, por ejemplo, de la excepcionalidad de las radios de onda corta, sino de la proliferación de canales y señales transfronterizas. Los guiños realizados por los medios españoles y estadounidenses al gobierno de Carmona demuestran cómo los medios internacionales se anticipan estratégicamente a sus propios gobiernos para justificar en un sentido u otro las acciones posteriores de los embajadores).

Los analistas –Van Dijk, Giro...– concuerdan en que la naturaleza política de los medios les lleva a comportarse como actores polémicos en los que prevalece la lógica de confrontación sobre la de cooperación con un incremento notable del lenguaje agresivo. De ahí que su discurso radicalice las líneas del Cuadrado Ideológico:

- maximizar las victorias propias y los aciertos de los aliados;
- minimizar las derrotas y errores propios y de sus aliados;
- maximizar las derrotas y errores de sus oponentes y los aliados de éstos;
- minimizar las victorias y aciertos de sus oponentes y los aliados de éstos.

¿Será ésta una lógica ineludible de los medios politizados? ¿Acaso los periodistas están convocados para ser la tropa que refuerza mecánicamente estas argucias de los bandos?

### El obstáculo maniqueísta

En las situaciones sea de sosiego o de conflicto los medios de difusión privados responden al doble objetivo de ser rentables e influir, mientras los medios gubernamentales siempre apuestan a favor de la influencia. Como empresas, su margen de maniobrabilidad luce mayor en tiempos de estabilidad política, pero cuando llega el oleaje del conflicto de intereses, la editorialización se convierte en una tribuna de combate y la política informativa en un laboratorio de autocensura. La rentabilidad tiende a subordinarse a la ganancia en influencia ideológica.

Los periodistas, a no ser unos profesionales clonados por la ideología de la empresa, generalmente mantienen una cierta distancia respecto a la orientación política del medio, pero a medida que arrecia la confrontación se ven obligados a mimetizarse y a reducir su margen de autonomía por el principio de adaptación: adaptarse o ser considerado desleal. Su quehacer se ve determinado por la omnipresencia del periodismo de declaraciones en lugar de los hechos y la reproducción de los discursos, réplicas y contra-réplicas preseleccionadas y tituladas por sus jefes –siempre más leales– sigue la lógica del Cuadrado Ideológico en clave de influencia mediática. Los periodistas, sin apenas tiempo, recursos, posibilidades de contrastar hechos y autonomía, se convierten en involuntarios protagonistas, cuando no en víctimas, de la beligerancia creciente. En casi todas las contiendas cae algún periodista, que se convierte en “héroe” para alguno de los bandos.

Otros periodistas, ubicados en las barricadas de sus oficinas y con más recursos para una comprensión más sistemática de los hechos, ya que no pueden ser tachados de “tontos útiles”, rápidamente son señalados como “traidores” y convertidos en posibles blancos de agresión.

Cuando el ejercicio comunicativo de la comprensión se pervierte en una dialéctica maniquea –conmigo o contra mí– se cae ya en la tentación de arriar la bandera del entendimiento social y del debate público argumentativo para desembocar en la lucha irreconciliable o en el cinismo.

¿Será hora de callar o de reabrir espacios en nombre del interés común para contrarrestar las polarizaciones extremas y desarmar los discursos amenazantes, plagados de insultos, estereotipos y descalificaciones, entre los bandos?

### Aperturas para tiempos de ira

Las anteriores consideraciones han pretendido resaltar el lado oscuro de nuestro periodismo en situación de conflicto, y, en todo caso, pueden ser premonitorias de las fracturas aún más hondas de incomunicación que conozco. Siempre estamos en posibilidad de alcanzar cotas más altas en la intensidad de la violencia, incluso sin

proponérmolas. Algunas dinámicas llevan más allá de todas las previsiones y para cuando se quiere echar la marcha atrás, el conflicto es ya inmanejable por la espiral vertiginosa que engendra.

Sería absurdo negar a los medios su rol de actores políticos en el empeño por promover la paz, pero muy lejos de la ingenuidad de que los medios son buenos jueces o intermediarios, o si quieren, como nos decía el Maestro Ancízar “la mesa redonda de la sociedad”, creo que ellos mismos necesitan mediación, al modo que se reclama para otros actores y contendientes políticos.

Sin esperar ilusamente el cambio de actitudes o el convencimiento del contricante, la sociedad civil a través de instancias no beligerantes, puede ejercer una crítica abierta y pública.

La instancia de mediación no solamente debiera ser independiente y gozar de autoridad moral, sino debiera actuar con suma discreción tanto con los responsables de los medios como con los periodistas subalternos, pues toda crítica o corrección de fondo, desacredita el capital más valioso de un medio como es el de la “credibilidad”.

Frente a una división social de grupos especializados en enunciados valorativos (iglesias, universidades, intelectuales...) y grupos especializados en acciones (empresas, profesionales, asociaciones...), sería deseable conformar instancias mixtas, para que los primeros no juzguen de la calidad ética de todos los demás menos de la suya propia, y los segundos no se precipiten en decisiones que pretenden justificarse por sí mismas.

No hay duda de que bastantes personas y grupos profesionales pretenden salir del marasmo presente y de la pendiente del Cuadrado Ideológico en pos del diálogo y la cooperación. Para los profesionales de los medios es una exigencia ética, que puede ser también secundada por dirigentes responsables y grupos con medios alternativos. El periodismo por la Paz hoy ya no es una moda comunicacional para las zonas en conflictos externos, sino una urgencia interior de nuestro país.

**Jesús María Aguirre, S.J.**

Comunicador Social. Dr. En Ciencias Sociales.  
Profesor UCAB

Cuando el ejercicio comunicativo de la comprensión se pervierte en una dialéctica maniquea –conmigo o contra mí– se cae ya en la tentación de arriar la bandera del entendimiento social y del debate público argumentativo para desembocar en la lucha irreconciliable o en el cinismo.

**El periodismo por la Paz hoy ya no es una moda comunicacional para las zonas en conflictos externos, sino una urgencia interior de nuestro país.**